

- entre verdades científicas –que apuntan al orden físico– y verdades sociales, muchos más indeterminadas.

Si la naturaleza cabe ser homologada con la fuerza y la puja por la existencia, la civilización supone en cambio proteger a los desamparados. Para juzgar el grado civilizatorio de una colectividad habrá que tener en cuenta al hombre interior. Así en pueblos considerados bárbaros o salvajes, como los cafres, cabe apreciar nociones y sentimientos que sobrepasan su estado material. Pueden poseerse muchos productos industriales y empleárselos en un sentido perjudicial. La puja de todos contra todos y el triunfo del más agresivo resulta equiparable con la máxima anestesia ética. La moralidad no se halla reñida con ninguna raza ni época en particular ni tampoco es patrimonio indisputable de una única cultura:

Se ha exagerado más de lo debido la tendencia a mentir en el salvaje. Ella, si en parte es cierta, depende de lo mucho que a su vez han sido engañados por las «razas superiores» y del temor de que se los interrogue con el fin de perjudicarlos. La civilización, en una sola de sus fases, la mercantil, miente más que todos los salvajes del mundo (Arreguine, *Estudios*, 48).

Los medios de destruirse los seres humanos progresan bastante, y convenimos en llamar dato de civilización al cierre automático de la recámara de una pieza de artillería o al invento de un nuevo explosivo bélico, confundiendo así el simple desenvolvimiento de una actividad con la idea de civilización, cuyo significado deberíamos dejar para expresar progresos morales con preferencia a estos, que si dan el poder de subyugar a los débiles, a dominar al mundo y de obtener provechos, no encarnan ideas de justicia, de cordial benevolencia, de piedad, de fraternidad humana, de derecho, ni de perfección, en definitiva las únicas que pueden hacernos amar la civilización de nuestros días; casi las únicas capaces de superiorizar al hombre, desprendiéndolo de su pasado miserable, y acercarlo a la paz universal, a la tolerancia, al dominio de sí mismo, a un estado, en fin, por el cual han suspirado los moralistas sanos de todos los tiempos, desde Budha hasta Jesús, desde Jesús a León Tolstoi. (Arreguine, *En qué consiste*, 47-48).

Más allá de esos replanteos mediatizadores y manteniéndose en mayor o menor medida la apelación a las razas, no dejaron de señalarse importantes desemejanzas entre el componente anglosajón y el elemento latino, pero ahora resaltando sensiblemente las virtudes de este último. La mentalidad inglesa refleja una tónica inescrupulosa y pseudohumanitaria, pues se ha volcado como nadie a la carrera belicista y colonialista. A diferencia del francés, los ingleses no se baten por los derechos universales sino que ac-

túan en función de una causa inmediata y circunscripta; entre ellos serían inviables figuras como las de Bolívar o Garibaldi. Tampoco se convalida la educación inglesa, a la cual se le podía adjudicar el primado anglosajón en el mundo: «Educar hombres como se educan caballos de carrera, para la eficacia individual en la lucha por la vida, cuidando en primer término del éxito (...) parece ciertamente muy utilitario y muy práctico. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que se corre el peligro de acercar el hombre a la fiera, dando preferencia sin limitaciones a las aptitudes de la *struggle for life*, y que el día que la totalidad de los humanos las hubiera alcanzado en su máximo, la lucha no por eso sería más favorable para cada cual. En cambio la concurrencia sería más activa y no imposible la disolución de los principales vínculos de confraternidad entre los hombres, por un exceso de individualismo, es decir de egoísmo» (*ibid.*, 92).

Tales apreciaciones fueron también especialmente dirigidas a los Estados Unidos, ese coloso que para diversos intelectuales de nuestra América aparecía como una plutocracia expoliadora, inculta y genocida, que imponía una política despreciable en el fin de siglo. Los yanquis representaban una amenaza para la civilización, por tratarse de unos plebeyos e impíos que conquistarían el mundo guiados por su única religión nacional —el culto al dólar— y con una única legalidad: la voz de los cañones.

Contrario sensu, la raza latina exhibe un talante solidario y altruista, magnánimo y justiciero. Es una raza solar, creadora de naciones, descubridora de verdades, hacedora de las grandes innovaciones en arte, ciencia y filosofía. La misma avanza en una espiral interminable y sólo padece un eclipse momentáneo.

Dentro del exaltado espectro latino, se reservaba un espacio saliente a la alicaída «raza» ibérica, como signo de nobleza, honradez, hidalguía y generosidad. Todo ello se sostenía más allá de los factores regresivos e inherentes que trataban la evolución de España, cuya dilucidación era objeto de múltiples indagaciones, y más allá de la eludida responsabilidad de las autoridades peninsulares en el manejo de los asuntos exteriores, la corrupción y el atraso internos. Tales filiaciones negativas, en vez de impedir, incentivaban los planteamientos de una alianza táctica de todos los integrantes de la mentada latinidad. Además de tenerse en cuenta una alternativa largamente desestimada, la creación de una confederación del centro y el sur del continente americano que hiciera frente al temible peligro yanqui, surgieron entonces posturas que favorecían el íntimo acercamiento de España con sus antiguas colonias —a partir de simbologías míticas como la de 1898— e inducían a propiciar una liga hispanista para combatir al invasor.

En relación a la contienda bélica entre Estados Unidos y España, Alberto del Solar compuso un largo y documentado alegato contra la doctrina Monroe, a la cual conceptuaba como una simple fórmula acomodaticia al servicio del proclamado destino manifiesto yanqui. Ese militar y hombre de letras chileno trazó un firme contraste entre ambos países. España «descubrió mundos, civilizó razas, a quienes dio su sangre, su religión, su ingenio, sus leyes, y al transmitirles, así, parte de su propia vida, debilitó sus fuerzas y se consumió a sí misma». En cambio, los norteamericanos, que miraban a sus vecinos del sur como semisalvajes, «después de recibir de aquella a quien hiere hoy, el beneficio de la existencia en el suelo donde mora, vive allí destinado a desarrollarse a expensas de todo lo que le circunda» (255-256).

Sin embargo, comenzaron a vislumbrarse otras postulaciones que, excediendo los lazos consanguíneos, acentuaban nuestra especificidad cultural y la posibilidad de producir una nueva raza, fruto de la fusión de todas. Gracias a ese conglomerado humano podría cristalizar el viejo anhelo de neutralizar las persecuciones, la violencia, la injusticia y el miedo. Se reivindica aquí la utopía americana que permitiría tanto abolir los estrechos patriotismos como facilitar el florecimiento de la libertad y la paz universal, supeditando los conflictos internacionales a la razón y no a la espada de los generales.

Del buen burgués a la bohemia juvenil

En los umbrales del siglo XX puede constatarse una crisis cultural de modelos y la erección de nuevos paradigmas, sin que dicha crisis llegue a afectar profundamente la formulación de enunciados omnicomprendidos sobre el mundo y la existencia. Así, dentro del terreno especulativo, se asiste al enfrentamiento de quienes oscilan entre el materialismo y el espiritualismo, el escepticismo y la metafísica, el cientificismo y el esteticismo, el racionalismo y el emotivismo, el realismo y el voluntarismo, el positivismo y el esoterismo, el hedonismo y el agonismo. Mas ligadas a los problemas pragmáticos, se encuentran las posiciones que optan por salidas elitistas o populistas, radicalizadas o reaccionarias, dandistas o redentoristas, cosmopolitas o nacionalistas, europeístas o americanistas, sionistas o antisemitas, hispánicas o afrancesadas.

El movimiento modernista, una de las principales expresiones culturales por aquel entonces, condensa en sí mismo muchas de esas pautas doctrinarias e ideológicas. Más que una escuela orgánica, se trata de una modalidad

que se traduce en diversos ámbitos vitales y se asocia con la fiebre emancipadora finisecular. Aunque las corrientes modernistas profesaron ciertas inclinaciones sincréticas hacia el exotismo, el primitivismo y el escapismo, cabe reconocer en ellas un acendrado americanismo que excede las dimensiones aldeanas y folclóricas para remontarse al plano de la universalidad.

Los jóvenes modernistas y utopistas de la generación de 1900 trasuntan la crisis que se produce en las filas del orden burgués y el espíritu positivo. Ello se refleja en un discurso contestatario e iconoclasta que apunta a la renovación de la cultura o a la instauración de una sociedad plena y transparente. Soñaban con un hombre y un mundo nuevos, con una nacionalidad ampliada que fuese el testimonio de un estado de conciencia superior al de los instintos territoriales, donde se revalorizara el papel de la belleza, lo único y extraño. De allí que hayan sido despreciados por considerárseles apátridas y descastados, neuróticos y bohemios.

La elevación del artista a máximo hacedor de la realidad y a dador de su sentido provocó la reacción de autores positivistas como Max Nordau, quien, además de enjuiciar como degeneradas a las costumbres finiseculares, descalificó como rayanas en la locura a casi todas las expresiones literarias, políticas y filosóficas de la época, sin excluir el krausismo —según testimonia Gómez Carrillo en *Almas y cerebros*, donde relata una entrevista con el propio Nordau. El mismo Darío, en sus semblanzas sobre *Los raros*, también se refirió a Nordau y a su evaluación de las variantes estéticas contemporáneas como formas de descomposición intelectual y degradación espiritual que, por priorizar los resortes emotivos, suponen una conducta atávica y un atentado contra el mejoramiento de la raza. Concomitantemente, se encuentran los embates, librados a ambos márgenes del Atlántico, contra la literatura y el arte en tanto ocupaciones pueriles, de perezosos e incapaces, condenadas a desaparecer como la versificación y las agitaciones revolucionarias.

Entre las obras más sugerentes que transmiten el enfoque latinoamericano sobre la vida bohemia, el ambiente parisino y la situación cultural de España durante el período acotado se hallan las impresiones de quienes tuvieron ocasión de experimentar de cerca dichos fenómenos singulares. Un ejemplo típico lo brinda el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el cual ha retratado con simpatía al prototipo del bohemio, como al joven, a menudo estudiante, que vive desarregladamente, en sórdidas bohardillas y cafetines, con escaso dinero pero con muchas ilusiones, disfrutando de plena libertad y rodeado por un gran compañerismo. Además de sus amigos fraternos, los bohemios aparecen afectivamente unidos con las grisetas, esas musas instintivamente literarias en la calle y en el lecho